

CBS6064

Felicísimos

BUCINTO

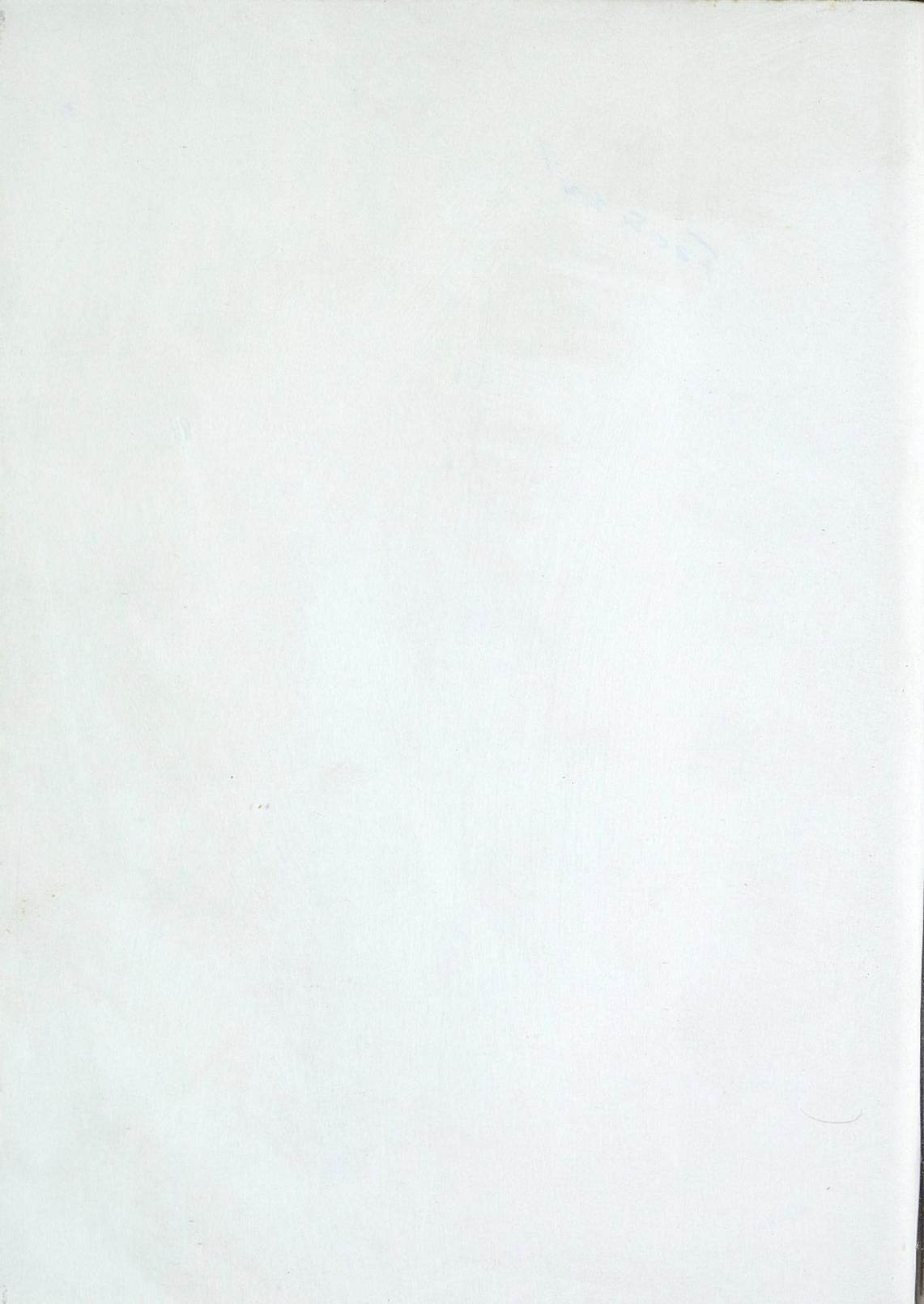
BB

LA VIDA

DE LA MAMA Y OCIO

—340-350—

APRENDE A ESCRIBIR EN LA CURVA



LR
CBS6064
980.02924
5942n

RESUMEN
SUCINTO
DE
LA VIDA
DEL JENERAL SUCRE



LIMA : 1825.

IMPRENTA DEL ESTADO POR J. GONZALEZ.

MEMORIA



EL General Antonio José de Sucre naciò en la Ciudad de Cumaná, en las provincias de Venezuela, el año de 1790, de padres ricos y distinguidos.

Recibió su primera educación en la Capital de Caracas. En el año de 1808, principió sus estudios de Matemáticas, para seguir la carrera de ingenieros. Empezada la revolución, se dedicó á esta arma, y mostró desde los primeros días una aplicación y una inteligencia que lo hicieron sobresalir entre sus compañeros. Muy pronto empezó la guerra, y desde luego el general Sucre, salió á campaña. Sirvió á las órdenes del general Miranda con distinción en los años 11 y 12. Cuando los generales Mariño, Piar, Bermudes, Valdés, emprendieron la reconquista de su patria, en

el año de 13, por la parte oriental; el joven Sucre los acompañó á una empresa la mas atrevida y temeraria. Apénas un puñado de valientes, que no pasaban de ciento, intentaron y lograron la libertad de tres provincias. Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia, y por su valor. En los célebres campos de Maturín y Cumaná, se encontraba, de ordinario, al lado de los mas audaces, rompiendo las filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios con tres ó cuatro compañías de voluntarios, que componían todas nuestras fuerzas. La Grecia no ofrece prodijios mayores. Quinientos paisanos armados, mandados por el intrépido Piar, desfrozaron ocho mil españoles en tres combates en campo raso. El jeneral Sucre era uno de los que se distinguián en medio de estos héroes.

El jeneral Sucre sirvió al E. M. J. del ejército de Oriente, desde el año de 14 hasta el de 17, siempre con aquel celo, talento, y conocimientos que lo han distinguido tanto. El era el alma del ejército en que servía. El

metodizaba todo: el lo dirijia todo, mas, con esa modestia: con esa gracia con que hermosa cuanto ejecuta. En medio de las combustiones que necesariamente nacen de la guerra, y de la revolucion, el jeneral Sucre se hallaba frecuentemente de mediador, de consejo, de guia, sin perder nunca de vista la buena causa y el buen camino. El era el azote del desorden, y, sin embargo, el amigo de todos.

Su adhesion al Libertador, y al gobieno, lo ponian á menudo en posiciones dificiles, cuando los partidos domesticos encendian los espiritus. El jeneral Sucre quedaba en la tempestad, semejante á una roca, combatida por las olas, clavando los ojos en la patria, en la justicia, y sin perder, no obstante, el aprecio y el amor de los que combatia.

Despues de la batalla de Boyacà, el jeneral Sucre fuè nombrado jefe de E. M. J. Libertador, cuyo destino desempeñò con su asombrosa actividad. En esta capacidad, asociado al jeneral Briceño, y coronel Perez, negoció el armisticio y regularización de la guerra con el jeneral Morillo el año de 1820.

Este tratado es digno del alma del jeneral Sucre: la benignidad, la clemencia, el jénio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el mas bello monumento de la piedad aplicada à la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho.

Luego fué destinado, desde Bogotá, á mandar la division de tropas, que el gobierno de Colombia puso á sus órdenes, para auxiliar á Guayaquil que se había insurrecionado contra el gobierno español. Allí Sucre desplegó su jénio conciliador, cortez, activo, audaz,

Dos derrotas consecutivas pusieron á Guayaquil al lado del abismo. Todo estaba perdido en aquella época: nadie esperaba salud, sino en un prodigio de la buena suerte. Pero el jeneral Sucre se hallaba en Guayaquil, y bastaba su presencia para hacerlo todo. El pueblo deseaba librarse de la esclavitud: el jeneral Sucre, pues, dirigió este noble deseo con acierto y con gloria Triunfa en Yaguachi, y libró así á Guayaquil. Despues un nuevo ejército se presentó en las puertas de esta misma ciudad, vencedor y fuerte. El jeneral

Sucre lo conjurò, lo rechazò sin combatirlo. Su politica logró lo que sus armas no habrian alcanzado. La destreza del jeneral Sucre obtuvo un armisticio del jeneral español, que en realidad era una victoria. Gran parte de la batalla de Pichincha, se debe á esta hábil negociacion; por que sin ella, aquella célebre jornada no habria tenido lugar. Todo habria sucumbido, entonces, no teniendo á su disposicion el jeneral Sucre medios de resistencia.

El jeneral Sucre formò, en fin, un ejèrcito respetable durante aquel armisticio con las tropas que levantó en el pais, las que recibió del gobierno de Colombia, y con la division del jeneral Santa Cruz, que obtuvo del Protector del Perù, por resultado de su incansable perseverancia en solicitar por todas partes enemigos, á los españoles poseedores de Quito.

La campaña que terminó la guerra del Sur de Colombia, fué dirijida y mandada en persona por el jeneral Sucre; en ella mostrò sus talentos y virtudes militares: superò

dificultades que parecian invencibles: la naturaleza le ofrecia obstaculos, privaciones y penas durisimas: mas á todo sabia remediar su jenio fecundo. La batalla de Pichincha consumò la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Entònces fuè nombrado, en premio de sus servicios, general de division, è Intendente del Departamento de Quito. Aque llos pueblos veian en el á su Libertador, su amigo: se mostraban mas satisfechos del jefe que les era destinado, que de la libertad misma que recibian de sus manos. El bien dura poco, bien pronto lo perdieron.

La pertinaz ciudad de Pasto se subleba poco despues de la capitulacion que les concediò el Libertador, con una jenerosidad sin ejemplo en la guerra. La de Ayacucho que acabamos de ver con asombro, no le era comparable. Sin embargo este pueblo ingrato y perfido obligò al General Sucre á marchar contra él á la cabeza de algunos batallones y escuadrones de la guardia Colombiana. Los abismos, los torrentes, los escarpados precipicios de Pasto, fueron franqueados por los in-

vencibles de Colombia. El jeneral Sucre los guiaba, y Pasto fué nuevamente reducida al deber. El jeneral Sucre, bien pronto, fué destinado á una doble mision militar y diplomatica, cerca de este gobierno, cuyo objeto era hallarse al lado del Presidente de la Republica, para intervenir en la ejecucion de las operaciones de las tropas Colombianas auxiliares del Perù. Apenas llegó á esta capital, que el gobierno del Perù le instò repetida y fuertemente para que tomáse el mando del ejército unido: el se denegó á ello, siguiendo su deber y su propia moderacion, hasta que la aprosimacion del enemigo con fuerzas muy superiores convirtió la aceptacion del mando, en una honrosa obligacion. Todo estaba en desorden: todo iba á sucumbir sin un jefe militar que pusiese en defensa la plaza del Callao, con las fuerzas que ocupaban esta Capital. El jeneral Sucre tomó á su pesar el mando.

El Congreso que habia sido ultrajado por el Presidente Riva-Agüero, depuso á este magistrado luego que entró en el Callao, y au-

torizo al jeneral Sucre para que obrase militar y politicamente como jefe supremo. Las circunstancias eran terribles, y urgentísimas: no habia que vacilar, sino obrar con desicion.

El Jeneral Sucre renunciò, sin embargo, el mando que le conferia el Congreso, el que siempre insistia con mayor ardor en el mismo empeño, como que era el único hombre que podia salvar la patria en aquel conflicto tan tremendo. El Callao encerraba la caja de Pandora, y al mismo tiempo era un Caos. El enemigo estaba á las puertas con fuerzas dobles: la plaza no estaba preparada para un sitio: los cuerpos de ejercito, que la guarnecian, eran de diferentes estados, de diferentes partidos: el Congreso y el poder ejecutivo lachaban de mano armada: todo el mundo mandaba en aquel lugar de confusión, y al parecer el jeneral Sucre era responsable de todo. El, pues, tomò la resolución de defender la plaza, con tal que las autoridades supremas la evacuasen, como ya se habia determinado de antemano por parte del Congreso y del poder ejecutivo: Aconsejò á ambos cuerpos

II

que se entendiesen y transijiesen sus diferencias en Trujillo, que era el lugar designado para su residencia.

El Jeneral Sucre tenia ordenes positivas de su gobierno de sostener al del Perù; pero de abstenerse de intervenir en sus diferencias intestinas; esta fué su conducta invariable, observando religiosamente sus instrucciones. Por lo mismo, ambos partidos se quejaban de indeferencia, de indolencia, de apatía por parte del jeneral de Colombia, que si había tomado el mando militar, había sido con suma repugnancia, y solo por complacer á las autoridades peruanas; pero bien resuelto á no ejercer otro mando, que el estrictamente militar. Tal fué su comportamiento en medio de tan difíciles circunstancias. El Perú puede decir, si la verdad dicta estas líneas.

Las operaciones del jeneral Santa Cruz en el alto-Perú habian empezado con buen suceso, y esperanzas probables. El jeneral Sucre había recibido órdenes de embarcarse con cuatro mil hombres de las tropas aliadas ácia aquella parte. En efecto dirige su mar-

cha con tres mil Colombianos y Chilénos: desembarca en el puerto de Quilca, y toma la ciudad de Arequipa. Abre sus comunicaciones con el jeneral Santa-Cruz que se hallaba en el alto-Perù: á pesar de no recibir demanda alguna, de dicho jeneral, de auxilios, dispone todo para obrar inmediatamente contra el enemigo comun. Sus tropas habian llegado muy estropeadas, como todas las que hacen la misma navegacion: los Caballos y bagajes, habia costado una inmensa dificultad obtenerlos: las tropas de Chile se hallaban desnudas, y debieron vestirse antes de emprender una campaña rigorosa. Sin embargo, todo se ejecutó en pocas semanas. Ya la division del jeneral Sucre habia recibido parte del jeneral Santa Cruz, que la llamaba en su auxilio, y algunas horas despues de la recepcion de este parte estaba en marcha cuando se recibió el triste anuncio de la disolucion de la mayor parte de la división peruana en las inmediaciones del Desaguadero. Por entonces todo cambiaba de aspecto. Era, pues, indispensable mudar de plan. El jeneral Sucre tuvo una entre-vista con el jeneral Santa Cruz en Moquegua; y

alli combinaron sus ulteriores operaciones. La division que mandaba el jeneral Sucre, vino á Pisco, y de alli pasò, por órden del Libertador, á Supe, para oponerse á los planes de Riva-Agüero que obraba de concierto con los españoles.

En estas circunstancias el jeneral Sucre instó al Libertador, porque le permitiese ir á tomar el Valle de Jauja con las tropas de Colombia, para oponerse allí al jeneral Canterac, que venia del Sur. Riva-Agüero habia ofrecido cooperar á esta maniobra; mas su perfidia pretendia engañarnos. Su intento era dilatarla hasta que llegasen los españoles sus auxiliares. Tan miserable treta, no podia alucinar al Libertador que la habia previsto con anticipacion, ó mas bien, que la conocia por documentos interceptados de los traidores, y de los enemigos.

El jeneral Sucre dió en aquel momento un brillante testimonio de su carácter jeneroso. Riva-Agüero lo habia calumniado atrozmente: lo suponia autor de los decretos del Congreso: el ajente de la ambicion del Libertador: el instrumento de su ruina. No obstante esto

Sucre ruega encarecidamente al Libertador, para que no lo emplee en la campaña contra Riva-Aguero, ni aun como simple soldado: apenas se pudo conseguir de el, que siguiese como un espectador, y no como un jefe del ejército unido: su resistencia era absoluta. El decia que de ningun modo convenia la intervencion de los auxiliares en aquella lucha, è infinitamente menos la suya propia; porque se le suponia enemigo personal de Riva-Agüero, y competidor al mando. El Libertador cediò con infinito sentimiento, segun se dijo, á los vehementes clamores del jeneral Sucre. El tomó en persona el mando del ejército, hasta que el jeneral La-Fuente por su noble resolucion de ahogar la traicion de su jefe, y la guerra civil de su patria, prendió á Riva Agüero y á sus complices. Entónces el jeneral Sucre volvió á tomar el mando del ejército: lo acantonó en las provincias de Huayllas, donde se le ordenó; y allí su economía desplegó todos sus recursos para mantener con comodidad y agrado á las tropas de Colombia. Hasta entonces aquel departamento había producido muy poco, ó nada al estado. Sin

embargo, el jeneral Sucre establece el órden mas estrieto para la subsistencia del ejército, conciliando, á la vez, el sacrificio de los pueblos, y distinuyendo el dolor de las ecsacciones militares con su inagotable bondad y con su infinita dulzura. Así fué, que el pueblo y el ejército se encontraron tan bien, cuanto las circunstancias lo permitian.

Sucre tubo órden de hacer un reconocimiento de la frontera, como lo ejecutó con el esmero que acostumbra, y dictó ademas aquellas providencias preparatorias, que debian servirnos para realizar la procsima campaña.

Cuando la traicion del Callao, y de Torre-Tagle llamaron los enemigos á Lima, el jeneral Sucre recibió órdenes de contrarrestar el complicado sistema de maquinaciones pér-fidas, que se estendiò en todo el territorio contra la libertad del pais, la gloria del Libertador, y el honor de los Colombianos. El jene-ral Sucre combatió con suceso á todos los ad-versarios de la buena causa: escribió con sus manos resmas de papel para inpugnar á los enemigos del Perú y de la libertad: para sos-tener á los buenos, y para confortar á los

que empezaban á desfallecer por los prestigios del error triunfante. El jeneral Sucre escribia á sus amigos, que mas interes habia tomado por la causa del Perú, que por una que le fuese propia, ó perteneciese á su familia. Jamas habia desplegado un celo tan infatigable; mas sus servicios no se vieron burlados: ellos lograron retener en la causa de la patria á muchos, que la habrian abandonado sin el empeño jeneroso de Sucre. Este jeneral tomò al mismo tiempo á su cargo la direccion de los preparativos, que produjeron el efecto maravilloso de llevar el ejército al valle de Jauja, por encima de los Andes, heladas y desiertos. El ejército recibió todos los auxilios necesarios, debidos sin duda tanto á los pueblos peruanos, que los presentaban, como al jefe que los habia ordenado tan oportuna y discretamente.

El jeneral Sucre despues de la accion de Junin se consagró de nuevo á la mejora y alivio del ejército. Los hospitales fueron provistos por el, y los piquetes que venian de alta al ejército, eran auxiliados por el mismo jeneral: estos cuidados dieron al ejército dos mil hombres, que quizá habrian perecido en

la miseria sin el esmero del que consagraba sus desvelos á tan piadoso servicio. Para el jeneral Sucre todo sacrificio por la humanidad y por la patria parece glorioso. Ninguna atencion bondadosa es indigna de su corazon: el es el jeneral del soldado.

Cuando el Libertador lo dejó encargado de conducir la campana, durante el hivierno que entraba, el jeneral Sucre desplegó todos los talentos superiores, que lo han conducido á obtener la mas brillante campana de cuantas forman la gloria de los hijos del nuevo mundo. La marcha del ejército unido desde la provincia de Cotabamba hasta Huamanga, es una operacion insigne, comparable quizá á lo mas grande que presenta la historia militar. Nuestro ejército era inferior en mitad al enemigo que poseia infinitas ventajas materiales sobre el nuestro. Nosotros nos veiamos forzados á desfilar sobre riscos, gargantas, ríos, cumbres, abismos, siempre en presencia de un ejército enemigo, y siempre superior. Esta corta, pero terrible campana, tiene un mérito que todavía no es bien conocido en su ejecucion: ella merece un Cesar que la describa,

La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del jeneral Sucre. La disposicion de ella ha sido perfecta, y su ejecucion divina. Maniobras hâbiles y pron-tas desbarataron en una hora á los vencedo-res de catorce años, y à un enemigo perfec-tamente constituido, y habilmente mandado. Ayacucho es la desesperacion de nuestros ene-migos. Ayacucho semejante á Waterloò, que decidiò del destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las jene-raciones venideras esperan la victoria de Aya-cucho para bendecirla, y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando á los ame-ricanos el ejercicio de sus derechos, y el im-perio sagrado de la naturaleza.

El jeneral Sucre es el Padre de Ayacu-chó: es el redentor de los hijos de sol; es el que ha roto las cadenas con que envolviò Pi-zarro el imperio de los Incas. *La poste-ridad representará á Sucre con un pie en el Pichincha, y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac, y contem-plando las cadenas del Perú rotas por su espada.*

EXPLICACIÓN HISTÓRICO-BIBLIOGRÁFICA

«RESUMEN SUCINTO DE LA VIDA DEL GENERAL SUCRE,
Lima, 1825 Imp. de Estado por J. González — de 146; 18 portada
inclusive — R.VI, 17. Biblioteca Nacional Peruana. René Moreno.
Apuntes para un catálogo de impresos. Libros y Folletos peruanos
de la Biblioteca Nacional de Notas Bibliográficas. Santiago de Chile.
Alameda de las Delicias, junto a la Universidad, 1896.»

La vida del General Sucre, por su autor y por el personaje cuya biografía se hace, es indisputablemente la más alta expresión histórico-literaria cuya reproducción facsimilar se hace en *Genio y apoteosis de Bolívar en la Campaña del Perú*. Precisamente Sucre coronó, con victoria sin igual en Ayacucho, esa prodigiosa campaña concebida y dirigida por Bolívar. Triunfo decisivo que le mereció el título de Gran Mariscal de Ayacucho que por sugerencia del Libertador le concedió el Congreso Constituyente del Perú (Decreto Art. 7.^o del 12 de febrero de 1825).

«Usted, créame General, nadie ama la gloria de Ud. tanto como yo. Jamás un Jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de Ud. hecha por mí, en que cumpliendo con mi conciencia, le doy a Ud. cuanto merece. Esto lo digo para que vea que soy justo, desapruebo lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo que es sublime.»

No es Homero cantando las hazañas de Aquiles; ¡es Agamenón mismo inclinándose ante el héroe y aplaudiendo su esfuerzo victorioso! Desde las guerras homéricas hasta la epopeya napoleónica ningún Jefe se había alzado hasta los cielos deponiendo la palma de la victoria ante la joven y aquilina prestancia de su subalterno. Razón tiene el Libertador al señalar enfáticamente su gesto único, digno de su

grandeza cósmica y de su corazón paternal. Bolívar, hombre de Plutarco, estructuró su grandeza en el imperecedero ejemplo de la grandeza antigua. En todo se ajustó el Libertador a los moldes del heroísmo homérico; y de su perenne diálogo con la eternidad romana, aprendió de Plinio, el joven, en su Panegírico de Trajano que: «No tiene por gloria ser mayor que todos, si no son muy grandes aquellos de quienes es mayor.»

Sucre fue la medida de la grandeza de Bolívar y el testimonio de ella; con la perennidad de la justicia y la belleza, la escribió el Libertador en esas altísimas y rutilantes páginas del *Resumen sucinto*, cuya prosa por lo clara, suelta y precisa, nada tiene que envidiar a las páginas adamantinas de la guerra de las Galias.

Ningún Teniente había merecido mayor gloria que la que Bolívar rindió al más brillante y fiel de sus Generales; pero, si el *Resumen sucinto* es la consagración de Sucre como gran Capitán y Hombre extraordinario, también es el pedestal más alto, faro altísimo que, desde el promontorio de la Historia, ilumina en el mar de los siglos la singular grandeza de Bolívar. Porque el Libertador al escribir la vida de Sucre, afirmó, sin proclamarlo, que era digno de tener capitanes de quienes escribía semejantes maravillas.

19396

